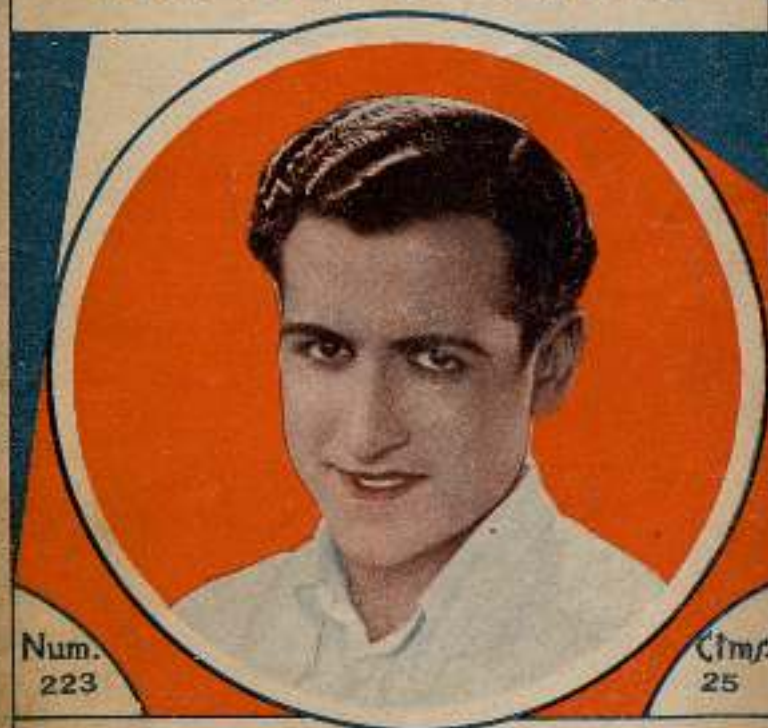


ALMIRANTI

MARCA

FILMS de AMOR

NÁPOLES CANTA



Num.
223

Cms.
25

MALCOLM TODD

Propaganda



FILMS DE AMOR

EL IDEAL DE LOS AFICIONADOS

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234. APARTADO 707. BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NUMEROS 14 Y 16

APARECE LOS JUEVES

AÑO VI

NÚM. 223

NAPOLÉS CANTA

Adaptación en forma de novela de la comedia
sonora del mismo título, interpretada por

Malcolm Todd y Anna Mari

Versión novelesca de E. MOLDES

EXCLUSIVAS
CINÆS, S. A.
Via Layetana, 80 Barcelona

REPARTO

Jimmy Malcolm Todd
Alice Anna Mari

ARGUMENTO DE DICHA DE PELÍCULA

Nos hallamos en Nueva York.

Nueva York es, en ocasiones, una gran ciudad; en ocasiones, solamente una ciudad grande. De todos modos, se vive allí demasiado aprisa, se cultivan con exceso las ambiciones, se sueña demasiado con la posibilidad de hacerse millonario y poder comprar los placeres a tanto por hora.

El escenario donde se mueven los habitantes de la urbe contribuye a desarrollar este sentido práctico y apresurado de la vida. Por todas partes rascacielos gigantescos, que carecen de gracia y de elegancia, que son como enormes columnas de innumerables ventanas, donde se habita, confortablemente, eso sí, la población numerosa de Nueva York; por todas partes autos, tranvías, trenes aéreos, trenes subterráneos... Hoy, todavía, la autoridad contiene con una mano en alto esa formidable avalancha de vehículos. Pero, ¿y si un día cae esa mano, rendida por el cansancio? Entonces, cabe suponer que el motor

venera a los miembros humanos y que las ruedas de los vehículos invadirán las aceras, y se introducirán en las casas, y arrollarán todo lo que se oponga a su paso...

Los yanquis, nacidos y crecidos en ese ambiente diuánico, febril y mecánico, no echan de menos otros matices de la vida, que empiezan a desconocer. Pero los europeos que se han radicado allí, vuelven los ojos con nostalgia, en ciertos momentos sentimentales, hacia la patria lejana, donde la vida no es torrente impetuoso, sino muneo arroyo, que fluye suavemente, cantando bajo el sol.

En este caso se hallaba Vincenzo Anicela, napolitano de pura cepa, que había emigrado de su tierra hacia veinte años para buscar en aquel país próspero el camino que conducía al altar del Vallecino de Oro.

Justo es decir que lo encontró. No sin esfuerzo, pero lo encontró. El cambio brusco de ambiente influyó favorablemente en su carácter; olvidó la inacción, el "dolce far niente" de los hombres de su raza, que sueñan bajo el sol meridional contemplando el pequeño de humo del Vesubio. Se hizo trabajador, activo, ambicioso.

Y triunfó.

Ahora, al cabo de veinte años, su firma tenía un valor en Wall Street; era millonario, y poseía una de las fábricas de papel más importantes de los Estados Unidos. Todo

Nos hallamos en Nueva York.

Nueva York es, en ocasiones, una gran ciudad; en ocasiones, solamente una ciudad grande. De todos modos, se vive allí demasiado aprisa, se entretienen con exceso las ambiciones, se sueña demasiado con la posibilidad de hacerse millonario y poder comprar los placeres a tanto por hora.

El escenario donde se mueven los habitantes de la urbe contribuye a desarrollar este sentido práctico y apresurado de la vida. Por todas partes rascacielos gigantescos, que carecen de gracia y de elegancia, que son como enormes colmenas de innumerables ventanas, donde se habita, confortablemente, eso sí, la población numerosa de Nueva York; por todas partes autos, tranvías, trenes aéreos, trenes subterráneos... Hoy, todavía, la autoridad contiene con una mano en alto esa formidable avalancha de vehículos. Pero, ¿y si un día esa esa mano, rendida por el cansancio? Entonces, cabe suponer que el motor

vencerá a los miembros humanos y que las ruedas de los vehículos invadirán las aceras, y se introducirán en las casas, y arrollarán todo lo que se oponga a su paso...

Los yanquis, nacidos y crecidos en ese ambiente dinámico, febril y mecánico, no echan de menos otros matices de la vida, que empiezan a desconocer. Pero los europeos que se han radicado allí, vuelven los ojos con nostalgia, en ciertos momentos sentimentales, hacia la patria lejana, donde la vida no es torrencio impetuoso, sino manso arroyo, que fluye suavemente, cantando bajo el sol.

En este caso se hallaba Vincenzo Aniello, napolitano de pura cepa, que había emigrado de su tierra hacia veinte años para buscar en aquel país próspero el camino que conducía al altar del Volcino de Oro.

Justo es decir que lo encontró. No sin esfuerzo, pero lo encontró. El cambio brusco de ambiente influyó favorablemente en su carácter; olvidó la inacción, el "dolce far niente" de los hombres de su raza, que sueñan bajo el sol meridional contemplando el pueblecito de humo del Vesubio. Se hizo trabajador, activo, ambicioso.

Y triunfó.

Ahora, al cabo de veinte años, su firma tenía un valor en Wall Street; era millonario, y poseía una de las fábricas de papel más importantes de los Estados Unidos. Todo

aquello se lo debía a Nueva York. Lo único que debía a Italia era su principal orgullo: su hijo Jimmy, un mozo atlético, inteligente y muy moderno, que, como él, había nacido en Nápoles, aunque ningún trabajo le había costado aclimatarse a las costumbres de su patria adoptiva. Del cénico napolitano nada quedaba. Jimmy era un norteamericano cien por cien.

Pero en el hogar del millonario Aniello, lejos de la agitación de los negocios de la memoria de la vida social, Nápoles, tan soleado, tan perezoso, tenía siempre un altar levantado.

El señor Aniello dejó sobre la mesa el periódico que leía, consultó el reloj, cuyas agujas marcaban las once, siguió con la mirada un rayo de sol que se filtraba a través de los cristales de una ventana, y volviéndose a un negro, muy semejante a un orangután, que guardaba la puerta en actitud respetuosa, le ordenó:

—Dila a esa preciosidad de niño que ya es hora de levantarse... Que no olvide que hoy no es un día corriente para él.

Alargó el negro los libros de oreja a oreja, en una sonrisa que pretendía ser amable, y salió a cumplir la orden.

Ya supondrá el lector que "la preciosidad de niño" a que se refería el señor Aniello no era otro que su hijo Jimmy, el cual, después de una noche borrascosa, dormía en su lecho con el sueño de los justos... en el supuesto de que los justos durmiesen con un marcado sabor de "champagne" en la boca.

Lo despertó el criado, no sin grandes esfuerzos, y cuando hubo conseguido verle sentado en la cama, le dijo alegremente, con esa confianza que suele inspirar a un criado su señorito juerguista:

—¡El día de hoy será para el señorito más dulce que el arropel!

¿Por qué lo dices, Alejandro?—preguntó Jimmy, a tiempo que bostezaba escandalosamente.

—¿Olvida el señorito que hoy se celebran sus esponsales con Miss Alice Baldwin?

—¡Es verdad! ¡Lo había olvidado completamente!

Y Jimmy salió de la cama, no muy contento al parecer.

II

Trasladémonos a otra mansión que, en punto a confort y a suntuosidad, nada tiene que envidiar a la de Vincenzo Aniello. Es el hogar del señor Baldwin, director propietario de uno de los grandes rotativos neoyorquinos. Precisamente, en esta hora —la misma en que Jimmy se levantaba del lecho— el periodista se hallaba acompañado de su hija Alice, la prometida de Jimmy Aniello.

Presentémos a esta deliciosa muchacha: Tipo esbelta, que no ha perdido la línea, ni la perderá en muchos años. Para ello, Alice cultiva con entusiasmo todos los deportes, y se mantiene en jeta y sus formas tienen una belleza andrógina. En lo demás, absolutamente una chica de última hora. No le asusta la compañía de los hombres, sale sola por las noches y, cuando no tiene nada mejor que hacer—un partido de tenis, una sesión de natación—, se entrega al flirt, y pone en la alegría de sus veinte años la experiencia y la picardía de una mujer de treinta y cinco.

Su padre se encarió con ella:

—Recuerda, Alice, que la ceremonia de los esponsales es a las cinco.



La fiesta de esponsales estaba preparada.

—No lo olvido, papá... pero, dime: ¿es indispensable que me case con Jimmy?

—Indispensable, no... Pero sí conveniente. Aniello tiene una fábrica de papel y yo tengo un periódico... Y aunque la base de un periódico son las ideas..., el papel vale más.

—¿De modo, que no tengo más remedio que casarme?

—¡Bah! Entre nosotros el matrimonio no es una cruz.

A las cinco de la tarde todo estaba propa-

rado para la fiesta de esponsales en la mansión de los Aniello. Allí estaban las mesitas con verdaderas montañas de pastas y "sandwiches"; allí estaban humeantes teteras; allí estaban los invitados, esperando con impaciencia disimulada al momento de precipitarse sobre los comestibles; allí estaban los músicos que debían amenizar la fiesta; hasta la señora Aniello, a pesar de sus achaques, estaba allí en su sillón de ruedas... Pero no estaban allí los personajes más importantes: los novios. Y sin ellos no había fiesta posible.

¿Qué había sido de ellos? ¿Acaso se habían fugado, asustados ante las consecuencias del paso que iban a dar? ¿Acaso habían querido dar a sus esponsales un giro novelesco, huyendo juntos a que los casase cualquier pastor de los suburbios?

Tranquilícese el lector. Tanto Jimmy como Alice no tenían nada de novelescos; ni el matrimonio tenía para ellos más importancia que un mero incidente. Eran dos chicos perfectamente equilibrados, incapaces de cometer una tontería.

Si la idea de una fuga o de un rapto había pasado por la imaginación de alguno de los presentes, pronto hubo de desecharla. Con pocas segundos de diferencia se presentaron los novios, ambos vestidos con ropa de "sport". Se advertía perfectamente que ni uno ni otro

se habían dado prisa por acudir a una ceremonia que les era indiferente en absoluto.

Se saludaron, sin desplantes románticos, pero con cordialidad de viejos camaradas que están habitados a verse frecuentemente y a ninguno de los cuales le parece desagradable la compañía del otro. Y el "five o'clock tea" se celebró al fin, y el señor Aniello pudo anunciar, con voz emocionada, los esponsales.

En un santiamén desaparecieron las montañas de bocadillos, las colinas de pastas, los arroyos de té. Se inició el baile. Y Jimmy, naturalmente, hubo de sacar a bailar a Alice. Dieron unas vueltas juntos, y la muchacha, encarándose con su prometido, le dijo:

—Jimmy... Entendámonos... Nuestro noviazgo no debe ser una pesada cadena. ¡Ni deberes ni deberes! ¡Libertad absoluta para ambos! ¿No te parece?

—Conformes, Alice. Tú irás a tu tenis y yo iré a mi club... y los dos seguiremos cultivando nuestros respectivos flirts...

—¡Bravo! ¡Ya sabía yo que eras un hombre a la moderna!

En aquellos momentos, el señor Aniello y el señor Baldwin charlaban, signiando con la vista el ir y venir de las parejas.

—¿Segue usted decidido a mandar a su hijo a Italia para hacer el servicio militar, señor Aniello?—preguntó el periodista.

—Desde luego. ¡Mi hijo nació en Italia, es italiano... y seguirá siendo tal.

—Me parece muy bien... El patriotismo es una gran virtud.

—Por lo tanto, la boda se celebrará a su regreso.

Quando se retiraron los invitados y se quedaron a solas los señores de Aniello y su hijo, al padre se dirigió a la madre:

—¿Has visto qué novios los de ahora?

—Sí, Vincenzo... Cualquiera diría que no se quieren, ¿verdad?

—Es la moda, que impide exteriorizar los sentimientos... ¡Qué diferencia de nosotros!, ¿eh?

Acercóse en aquel momento Jimmy, y dirigiéndose a su padre, le preguntó jovialmente:

—¿Qué, papá?... ¿He representado bien mi papel de novio?

—A fe mía que no! Vosotros, los jóvenes de hoy, no sabéis lo que es quererse de veras.

III

La víspera de la partida de Jimmy hacia las tierras soleadas de Italia, sus amigos y amigas se reunieron para despedirle al alegre compás de "jazz", que tanto priva en el país de los rascacielos.



Habo brindis por la ley número...

Y a fe que no lo hicieron mal! Eran todos aquellos muchachos y todas aquellas muchachas hábiles deportistas; pero eran también excelentes bailarines, y como había juventud y buen humor, y magnífica orquesta de negros auténticos, y tarros planos de "whisky" guardados en los bolsillos de los pantalones, ni que decir tiene que la fiesta se realizó agradablemente y dejó en el ánimo de todos el sabor de los gratos recuerdos.

Se pronunciaron, naturalmente, algunos

brindis. Pero justo es decir que sercieron de toda solemnidad. Eran del tenor siguiente:

—¡Felix tú que dejas este país de régimen seco y te vas a uno de régimen húmedo!

—¡A ver si nos traes un poco de aquella humedad!

Cuando ya la fiesta decayó, fatigados los concurrentes de bailar y de reír, y cada muchacho se disponía a volver a su olivo, Alice, que, como es natural, no podía haber faltado a semejante reunión, se acercó a su prometido y le estrechó la mano; pero, naturalmente, sin la menor emoción.

—Te advierto—le dijo sonriendo—que no iré a despedirte al barco... Ya sabes que detesto los adioses sentimentales...

—En esto te parece a mí—respondió Jimmy, sonriendo a su vez—. ¡Quién sabe! Quizá hagamos los dos un mal matrimonio.

Se echaron a reír ambos y se separaron sin otras nuevas demostraciones de cariño que un segundo apretón de manos.

Cuando Jimmy volvió a su casa, a pesar de sus propósitos de eliminar de su vida toda clase de escenas sentimentales, no tuvo más remedio que arrostrar una, y de las mayores: la que le ofreció su madre, sentada en su sillón de inválida. La buena señora se empeñó en que Jimmy se pusiera al cuello una medalla de la que ella no se había separado desde su juventud. Y fué preciso complacerla.

Luego, como si aquello fuera poco sacrificio, la señora Aniello quiso que su hijo contemplase el plano de su casa de Nápoles, donde habían transcurrido para ella los días más felices de su vida.

—Ve a verla... Esa casa te hablará de tu mamáita lejana...

—Perde cuidado, mamá... Será la primera casa que haga en cuanto llegue a Nápoles.

—No lo olvides... Y recuerda también que dejas aquí a tu prometida, a quien debes fidelidad y amor.

Pero aún no habían terminado para el pobre Jimmy las escenas sentimentales.

A la mañana siguiente, cuando en el muelle aguardaba el gigantesco paquebot que debía conducirlo a Europa, tuvo el chico, aunque mal de su grado, que hacer frente a las lágrimas y suspiros de sus padres, que eran como proyectiles dirigidos contra su corazón.

Por fin respiró. Estaba a bordo del barco; sólo le acompañaba Alejandro, el fiel criado negro, quien apoyado en la baranda de babor, lloraba a moco tendido, presor sus ojos en el pañuelo blanco que en el muelle agitaba el señor Aniello.

Se separó el buque del muelle y empezó a navegar. Bien pronto fueron quedando atrás los rasacielos de Nueva York, la estatua de la Libertad; la débil bruma de aque-

lla mañana estival los tragó a las miradas de los pasajeros.

Nada digno de mención ocurrió en aquel primer día de navegación. En el segundo, pasada la pesadilla del mareo, todos los pasajeros se movían ya con soltura, como si estuviesen en su casa. Jimmy salió del camarote y subió a las cubiertas, donde en sillones plegables, hombres y mujeres se entregaban al placer de contemplar el gran espejo del mar, sin pensar en nada.

Eran, por lo general, gentes de edad madura, cuando no procreta. Pero había también allí ejemplares de juventud; y éstos no perdían el tiempo entregándose a las delicias de la vida contemplativa. Preferían el dinamismo del siglo.

Y así, gracias a ese cúmulo de comodidades que ofrece al pasajero de primera clase un transatlántico moderno, se les veía cultivar los "sports" como si en vez de hallarse en un barco que surcaba el océano, se encontrasen en los parques de recreo de cualquier club elegante.

En la segunda cubierta, para que nada faltase al placer de los viajeros, había una hermosa piscina. Era, como ya hemos dicho, el segundo día de navegación. Los únicos bañistas pertenecían al género femenino, dejando así sentada una vez más la superioridad



Se les veía cultivar los sports.

en audacia y en iniciativa de la mujer moderna sobre el hombre.

Jimmy se sentó cerca de la piscina, y un buen rato estuvo admirando las evoluciones de las lindas sirenas. De pronto, llamó su atención una nueva bañista; tenía las formas

andrógina de una muchacha que cultivaba constantemente los deportes. No pudo verle la cara, porque se hallaba de espaldas; pero aquello no le importó. Lo que le seducía de aquella joven—pues vieja, desde luego ya podía asegurar que no lo era—eran sus formas suaves, la gracia de sus movimientos, que pronto lució al lanzarse a la piscina.

Jimmy no pudo contenerse; se levantó y se acercó al baño. ¡Y estuvo a punto de desmayarse!

—¡La joven de las formas andróginas no era otra que Alice Baldwin!

17

Trabajo le costó a Jimmy dar crédito a sus ojos. Pero no podía quedarle ninguna duda. Era la propia Alice la que estaba allí, la que en este momento le sonreía desde el otro extremo de la piscina, alargando la mano sobre su cabeza, para que su saludo no pasase desapercibido.

Unos momentos después salía del agua, y el joven Aníello corrió a su encuentro.

—¿Tú, Alice? Pero, ¿cómo es posible! ¿Quieres explicarme por qué te encuentro aquí?

—Primero voy a vestirme—respondió la muchacha con una sonrisa pícarosa—. Y luego, si tanto te interesa, charlaremos...

Y sin aguardar la autorización de su novio, Alice echó a correr en busca de su cabina.

Quedóse solo de nuevo Jimmy, meditando sobre lo absurdas que son las mujeres.

¿Qué venía a hacer Alice a aquel barco? ¿Por qué le seguía? ¿No había quedado acordado entre ambos que eran absolutamente libres hasta el momento de su matrimonio... y aun después? ¿Qué pretendía, entonces, al emprender aquel viaje precisamente en el mismo barco que él había elegido?... Y, en último caso, ¿por qué había mantenido secretos sus proyectos?

Recordaba las últimas palabras de ella cuando se despidieron, la víspera de la partida, en la fiesta organizada por sus amigos:

—Te advierto que no iré a despedirte al barco... Ya sabes que detesto los adioses sentimentales...

¿Por qué había mentido así? ¿Por qué no le había dicho claramente que también ella había decidido irse a Europa en el mismo barco?...

No tuvo tiempo de seguir haciéndose reflexiones... Alice estaba allí, ante él, vistiéndole un traje claro, que hacía resaltar su belleza y su fuerza optimista. Sonreía. Todo en ella era una sonrisa luminosa, como un

rayo de sol. Y Jimmy, a pesar de su cólera, no pudo menos de reconocer que su novia era, realmente, muy bonita.

Pero no podía dejar traslucir estos pensamientos de debilidad. Era preciso conservarse digno y altivo en su papel de juez. Y con esta de pocos amigos se volvió a la muchacha:

—Veamos... Estoy esperando esa explicación...

—Por Dios, qué gesto, Jimmy! (Casi me asustas!)

—¡Dejémoslos de bromas! Comprenderás que lo que deseo preguntarte me interesa muy seriamente.

—Bien; hablemos en serio, entonces... Me someto al interrogatorio.

—Ante todo, ¿vienes sola?

—Con mi "caralóna".

—¿Dónde está?

—No lo sé, "muy dear". ¿Es preciso que la traiga amarrada con una cadenita?

—Bueno... ¿Y qué haces en este barco?

—Ya lo ves: viajar.

—Pero, ¿a dónde vas?

—A Nápoles, como tú.

—¿A Nápoles?... ¿Qué se te ha perdido a ti en Nápoles?

—Podría decirte que tú..., pero eso huele a romanticismo.

—¿Quieres hablar en serio de una vez?



—¿Por qué viajas en este barco?

—Pues en serio: No temas... No te he seguido para vigilarle como una suegra.

—Entonces, ¿por qué vienes en este barco?

—Te lo diré en dos palabras: He aprovechado tu viaje para hacer yo el mío... ¿O es que yo no tengo tanto derecho a viajar como tú? Tenemos que despedirnos dignamente del mundo antes de que nos echen las bendiciones.

Pero, ¿no tenías otro sitio a donde ir nada más que a Nápoles?

— Tanto como tener, sí... Pero la marquesa de Talatta, que vive en Nápoles y es una buena amiga de mi familia, me ha invitado a pasar una temporada con ella... Y, naturalmente, no puedo desairarla...

— Siendo así... Pero, dime, ¿por qué no me dijiste nada de este viaje?

— Porque quería darte la sorpresa. Me figuré que no te desagradaría.

— Desagradarme, no; de ninguna manera... Pero, varás... Yo, en Nápoles, quisiera vivir libremente...

— ¿Y crees que yo te voy a estorbar? ¡Tranquilízate, Jimmy!... Ya sabes mi lema: Libertad para todos... No nos veremos más que cuando no tengamos nada mejor que hacer...

— ¡Muy bien! En ese caso, queda renovado nuestro pacto de Nueva York, ¿no es eso?

— Renovado.

Se estrecharon la mano. Y en los días que duró el viaje, cuando Jimmy sentía deseos de hablar con Alice, debía esperar a que ella estuviese "desocupada", es decir, sin ningún flirt a la vista; y lo mismo ella respecto a él.

Pero conviene decir que su amistad se hizo más sólida y que aprendieron a conocerse mejor.

V

A la llegada, Jimmy encontró a Nápoles en uno de sus contadísimos días de malhumor. Llovía. No torrencialmente, como hubiera sido propio de un país meridional, sino mansamente, pero constantemente, como hubiera llovido en Londres o en Berlín. Las casas, las calles, los monumentos, desaparecían tras la cortina gris de la lluvia. Los neumáticos patinaban sobre el asfalto mojado, y las avenidas parecían avenidas de charol.

Jimmy se sintió decepcionado, robado, estafado. ¿Aquello era Nápoles?

Mas que sus recuerdos de la infancia, demasiado vagos, venían ahora a su memoria las conversaciones tenidas con sus padres, ambos enamorados de Nápoles, ambos viviendo en él, a pesar de la larga ausencia, por la fuerza de la nostalgia.

En aquellas conversaciones apasionadas no se hablaba de otra cosa que del sol de Nápoles, de la risa de Nápoles, del encanto de Nápoles... Y ahora, al ver, podía decirse por primera vez, su ciudad natal, se encontraba con un Nápoles gris, trístico, húmedo, anti-pático.

Veía el panorama desolador desde el interior del coche de la marquesa de Talatta.

La elegante dama había acudido al muelle, a la llegada del vapor, para recoger a Alice Baldwin, y se halló con la sorpresa de que ésta no venía sola, sino acompañada por su novio. No se extrañó demasiado, sin embargo. Era mujer de mundo y conocía bien, además, las costumbres un poco libres, pero siempre correctas, de las muchachas norteamericanas.

Se limitó, pues, a estrechar con calor italiano la mano de Jimmy y a invitarle a comer en su casa, después de lo cual, quedaría el joven en completa libertad para hacer lo que le pareciera mejor.

—Mal día ha elegido usted para volver a ver su tierra—le dijo la marquesa, enterada ya por Alice de su verdadera nacionalidad y del motivo de su viaje.

—Mala, en efecto—respondió él—. Quizá sea por la lluvia... pero no puedo ocultar que esta llegada me ha desilusionado.

—Afortunadamente, en Nápoles, la lluvia dura poco.

Y como respondiéndole a las palabras optimistas de la dama, en aquel momento cesó de llover. Una brisa fresca barrió las nubes, y el sol, contento de haberse lavado la cara, empezó a brillar con fuerza sobre las calles húmedas.

Como por encanto, Nápoles se transformó. El sol, que empezó en sonrisa, pronto fué una cargada de luz. Las gentes, que se habían

reñugado durante el chaparrón, salían de nuevo a poner en las calles la puz de su andar lento, sin precipitaciones: andar de filósofos, que han aprendido de la ciencia de la vida que la prisa no conduce a ninguna parte.

¡Qué contraste esta calma con el dinamismo de Nueva York!

No cabía duda. Los verdaderos sabios eran estos meridionales, que sabían saborear la vida como un néctar y no beberla de prisa, como un sediento bebe un vaso de cerveza.

Durante la comida, que fué exquisita y cordial, Jimmy dijo:

—Aún tengo un mes por delante para empezar el servicio... Quizá en ese tiempo me arriesgue a penetrar el misterio de Nápoles...

—No le pesará—respondió, sonriendo, la marquesa.

Al día siguiente ningún vestigio quedaba de la lluvia de la víspera. El sol, el verdadero sol de Nápoles, derramaba prodigamente sus rayos sobre la ciudad, sobre el golfo, sobre la cresta empenachada del Vesubio. Era una orgía de luz.

Desde el balcón del hotel donde se había hospedado, asistía Jimmy al maravilloso espectáculo. Y, poco a poco, el hechizo de aquel golfo, de aquel mar, de aquella sinfonía de luz y de color, fué embargando su alma como una embriagadora promesa de felicidad. No se fatigaba de mirar. Ni de oír. Porque, junto

con los ruidos de la calle, subían hasta el balcón dulces melodías, sonidos de guitarras y de mandolinas, canciones sentimentales— como las que sólo se oyen bajo el cielo de Nápoles—, llenas de añoranza, melancólicas como un sollozo...

Y Jimmy, dominado por el sentimiento, sintió sus ojos arrasados en lágrimas. ¡Nunca lo hubiera creído! Cuando cultivaba los deportes allá en Nueva York, jamás se le ocurrió pensar que pudiera haber en el mundo algo más interesante que salir "embalado" por una carretera a doscientos kilómetros por hora. Ahora comprendía que, sin necesidad de moverse, solamente dejando en libertad a los sentidos para ensimismarse en la vida contemplativa, había goces tan interesantes, o más, que aquéllos.

Corrió al interior. En la habitación, el negro Alejandro espillaba concienzudamente la ropa de su amo, mientras silbaba un aire de "jazz". Jimmy, tomándole de un brazo, como si fuera un amigo, más que un criado, lo arrastró hasta el balcón, y mostrándole el vasto panorama que desde allí se divisaba, exclamó:

—¡Esta es mi tierra, Alejandro! ¡Mi país, mi patria! ¿Comprendes ahora?

—Sí, mi amo.

—Anda, ven... Vamos a gozar de este pa-

raíso... ¡Pero pronto, pronto! ¡Quiero emborracharme de sol, de luz, de paisaje!

Unos momentos después, caballero y ecudero recorrían las calles de Nápoles, que tantos recuerdos iban despertando en el alma del joven que hasta entonces se había creído norteamericano. Sus pasos le llevaron a la casa donde nació y que su madre tanto le había encargado visitar. Y si es cierto que le emocionó la vista de aquellas paredes que habían presenciado sus juegos de infancia, no menos cierto es que mucho más le emocionó el encuentro de una joven, llamada Carmen, una belleza meridional de ojos negros y profundos, que resultó ser compañera de juegos de Jimmy...

VI

Pasaron los días.

Bajo el cielo encantado de Nápoles, como en Nueva York, el pacto de los dos novios se cumplía al pie de la letra. Mientras que Alicia, en quien la ciudad maravillosa no ejercía ninguna influencia sentimental, cultivaba el flirt con un joven napolitano, solamente para saturarse de "color local", Jimmy, completamente dominado en el sentimiento que iba

infiltrando en él aquellos paisajes como surgidos del mundo del zomero, había cometido la tontería de enamorarse de Carmen, su vecinita de otros tiempos, la cual correspondía a su amor con una impetuosidad completamente napolitana.

A veces, Jimmy pensaba si no habría ido demasiado lejos, cuando oía a Carmen, en sus entrevistas amorosas, decirle con voz ronca, mirándolo apasionadamente al fondo de los ojos:

— ¡Tú no puedes imaginarte cuánto te quiero!

O bien:

— ¿Me perdonas que sea un poco celosa?
¡Siento celos de todas las mujeres que te miran!

Otras veces le decía, señalándole su casa:

— Aquella es la ventana de mi cuarto...

— ¡Cuántas flores!—respondía él.

— ¡Todas han florecido con mis suspiros!

Y al decir eso, le miraba tan profundamente, de un modo tan ardiente y tan penetrante, que Jimmy tenía la impresión de ser envuelto por una llama.

Cuando el joven se veía a solas, a pesar de estar o creerse—enamorado, respiraba con satisfacción. La verdad, el fuego de Carmen era demasiado fuerte para él. Nápoles podía haberle infiltrado mucho sentimiento, podía haberle embriagado con sus canciones luju-



Se siente enamorado de Carmen...

ricas y sus paisajes de cromo, pero no podía hacerlo olvidar por completo su educación norteamericana, donde suele tenerse para estas exageraciones del sentimiento una sorpresa de desdén.

Ahora que, naturalmente, no le desagra-

daba ser amado de un modo tan frenético. Aquellos arrebatos líricos de Carmen halagaban perfectamente su vanidad de buen mozo con ribetes de "castigador", y sonreía con jactancia cuando ella le decía, poniendo los ojos en blanco:

—Si te marchases sin mí... No quiero, no puedo pensar que un día, asomándome a mi ventana, verá la estela de un barco que se me lleva a mi adorado...

Jimmy la convencía de que era casi imposible que se presentase tal posibilidad. Pero mentía. En el fondo, pensaba con agrado que ya le faltaban pocos días para incorporarse a filas, y que, una vez terminado el servicio, volvería a Nueva York, donde las muchachas, afortunadamente, no se parecían lo más mínimo a esta Carmen trágica y pastoral.

El nuevo amor había sido para él como una llamarada de alcohol. Se había encendido aparatosamente, había brillado unos instantes con fuerza, y luego se había apagado, enfriado... No; él no era napolitano. La emoción que había sentido a su llegada a Nápoles, era, simplemente, una emoción de turista. Sentía, pensaba en norteamericano. Las mujeres de allá se le antojaban más naturales, mucho menos literarias y artificiosas que estas de aquí.

Y entonces, sin querer pensaba en Alice.

Y la encontraba tan distinta de Carmen, tan superior a ella! No se asustaba uno a su lado, no; su sonrisa era clara, leal; su cuerpo no ocultaba ninguno de sus encantos; su carácter era alegre, espontáneo, optimista. A su lado, pose a los sentimentalismos de Nápoles, se debía de vivir perfectamente feliz...

Unos días después, Jimmy abandonaba Nápoles para trasladarse al punto donde debía cumplir el servicio militar. La despedida de Carmen fue aparatosa y teatral; la de Alice, sencilla y risueña. Y fue ésta, justamente, la que más huella dejó en el corazón del joven.

Mientras Jimmy se entregaba a sus deberes militares, Alice, completamente libre—aunque nunca había dejado de estarlo—, continuaba su flirt bajo la magia de Capri. Rafael, el joven napolitano, estaba seguro de haber conquistado a una muchacha yaquí con todas las características de su raza.

Pero nunca es conveniente fiar demasiado en la constancia de las mujeres.

Un incidente descubrió al italiano cuáles eran los verdaderos sentimientos de Alice. ¡Y él, que había creído que no conocía el sentimiento!

Fue el caso que, mientras Alice y Rafael hacían excursiones en balandro por la bahía de Capri, Jimmy, en la Academia de Aeronáutica, donde prestaba sus servicios, sufrió

un accidente que estuvo a punto de costarle la vida.

No se la costó, sin embargo. Su naturaleza, fortalecida por los deportes, era lo bastante resistente para soportar aquel golpe y aun otro más duro. Pero le retuvo en el lecho el tiempo suficiente para que pudiese meditar a sus anchas sobre sus dos amores: Alice y Carmen.

Y de la meditación, como ya todo hacía suponerlo, salió maltrécha la baltraldad, y triunfante la naturalidad.

Es decir, Alice venció.

Sólo quedaba en el aire una interrogación. ¿Qué pensaría Alice? ¿Se sentiría, como él, fatigada de la melosidad del flirt napolitano y desearía volver a sus brazos, segura de haber hallado, al fin, el verdadero camino? ¿O, por el contrario, no le estaba de menos y se sentiría con sa Rafael en el mejor de los mundos?

Poco tiempo duró la incógnita. En cuanto Alice tuvo noticia del accidente sufrido por Jimmy, sólo pensó en regresar a Nápoles, donde el joven se encontraba ya, y no paró hasta conseguirlo, a pesar de los suplicas y las lamentaciones de Rafael, que empezaba a darse cuenta de que una muchacha norteamericana es tan enigmática como cualquier mujer, sea del país que sea.

Alice entró en la habitación donde se pro-

nelado, con una venda sobre los ojos, curaba lentamente de sus heridas. Y con ella entró la risa y la alegría. No pareció conmoverse mucho ante el estado lamentable de Jimmy. Dirigiéndose a él jovialmente, como si le viese ingiriendo un coctel después de un partido de tenis, le dijo:

—¡Hola, soldadito!

Y como el muchacho pareciese no recordar su voz, añadió:

Quería una liza de té... Pero ya me encargaré yo de ella, ya que a ti no se te ha ocurrido ni ofrecérmela...

Cuando la muchacha hubo salido de la habitación, Jimmy se volvió hacia su criado que le acompañaba, y le dijo, con voz suplicante:

—Tú eres bueno, Alejandro! Dime la verdad... ¿Quién es esa mujer?

—¿No la ha reconocido el señor? Es su prometida... la señorita Alice...

—¡Oh, pobrecilla!... Casi la había olvidado!... No fué culpa mía: fué la voz de mi tierra que hablaba a mi corazón... Y yo, inconsciente, me dejé arrastrar como en un sueño!

Cicatrizaron pronto las heridas del alma y las del cuerpo, y Alice y Jimmy, ya liberados de sus respectivos flirts, pudieron entregarse al placer de conjugar juntos el verbo

amar. El viaje no había sido inútil; les había servido para conocerse mejor.

Algún tiempo después, a punto de embarcar de nuevo para los Estados Unidos, en compañía de Alice, [naturalmente], Jimmy escribía a sus padres:

"Queridos padres:

"He sido licenciado y dentro de pocos días dejaré este inolvidable Nápoles... Pero tengo la certeza de hallarle de nuevo en vosotros, en vuestro cariño, que ahora he aprendido a comprender..."

FIN

Ediciones BIBLIOTHECA FILMS

Ha puesto a la venta la sugestiva
e interesante novela

AL ESTE DE BORNEO

por CHARLES BICKFORD

96 PÁGINAS DE TEXTO
UNA PESETA

Sevimos muchos vuelos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Enviar cinco céntimos para el certificado. Franco guiso.



Ediciones Biblioteca Films

96 páginas de texto

1 peseta tomo

Profusión de ilustraciones

Últimos

éxitos

publicados



Entre noche y día

Novela de intriga y de amor

Elena D'Algy-Alfonso Granada

Al Este de Borneo

Novela de la máxima emoción,
luchas de hombres y fieras y
narración de la trágica erupción
de un volcán

Charles Bickford-Rose Hobart

"M" (el vampiro de Dusseldorf)

Asunto de alta tensión trágica,
que conmoverá a las multitudes

PEDIDOS A:

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Sevillanos números sueltos y colecciones completas, precio
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el envío. Plaqueos gratis.